

Claridad

AÑO V

SANTIAGO, OCTUBRE DE 1924

NUM. 126

ARTE - CIENCIA - CRITICA

"CLARIDAD" FRENTE AL MOVIMIENTO MILITAR

Un mes largo va corrido desde el día que fué derribado el gobierno civil del Presidente Alessandri e instaurado en el país el gobierno militar.

En este lapso de tiempo se han dado a conocer manifiestos y declaraciones de los diversos elementos que siempre han participado en las actividades de la vida colectiva y son exponentes de una fuerza digna de ser considerada.

Algunos intelectuales, cortesanos, y fallos de visión para abarcar en una mirada de conjunto la trascendencia del problema, han aplaudido el movimiento militar, y en escritos dirigidos a la opinión pública extranjera han dicho que se trata de una cruzada de salvación nacional que va a efectuar una obra de saneamiento político y depuración administrativa.

Los estudiantes universitarios se han pronunciado francamente en su contra, porque estiman que significa un regreso a los períodos más incipientes de la cultura y de la civilización.

Los sindicatos obreros han asumido una actitud de espera, frente al acontecimiento, en vista de que, toda labor que pudieran por el momento realizar, iría en beneficio directo de los caídos de quienes se encuentran completamente desvinculados.

En esta situación, los partidos políticos aventados del poder, desprestigiados y fallos de apoyo y cooperación en el resto de las fuerzas civiles han permanecido en un prudente y discreto silencio, estando sí a la expectativa de cualquier fracaso o torpeza de los militares para asumir nuevamente la dirección de los negocios públicos.

Como se vé, no hay todavía en ninguna parte uniformidad de criterio para apreciar debidamente este asunto.

Nosotros, ajenos como somos a toda concomitancia con los representantes del poder público—cualesquiera que sea su naturaleza—vamos también a exponer el juicio que tenemos sobre el movimiento militar que tanto ha dividido y perturbado los espíritus.

El Gobierno Militar puede ser analizado con dos criterios: el criterio del ciudadano—expresión superior del ser domesticado—que cree en la virtud del sufragio electoral, en la eficacia de la acción parlamentaria, y en otras panaceas de tinte legalitario, y el criterio del hombre liberado de toda clase de preocupaciones estatales, que siente menoscabada su libertad viviendo bajo cualquier forma de gobierno que encauce y limite la expansión integral de su individualidad.

Es indudable que el primero, cultor gregario y metódico de los derechos cívicos que le permiten designar cómodamente sus amos, hará distingos constitucionales entre el gobierno militar y el gobierno civil. Dirá que el uno es emanación de la fuerza y el otro encarnación del derecho, olvidando que ninguno de los dos gozaría un minuto del poder si no tuviera a su alcance el gendarme para hacer cumplir las disposiciones arbitrarias de la ley.

En cambio, el segundo, que nunca ha participado en la generación de ningún gobierno, y que por ahora lo acepta como se acepta un mal del que se está imposibilitado para librarse, verá que en esto no hay nada más que un sucederse de actores que representan el eterno papel de esclavizar al hombre en bien del interés público.

En efecto ¿qué más dá para la verdadera libertad del hombre que el que oprima vista la americana del civil o la chaqueta del militar?

¿Qué más nos puede preocupar vernos obligados a rendir acatamiento a un gobierno en lugar de otro gobierno, cuando es

siempre la misma imposición la que tenemos que tolerar?

Para nosotros, no está reducido el problema a determinar en qué gobierno existe mayor o menor tiranía, sino a establecer que todo gobierno, sea el que fuere, civil, obrero o militar, es tiránico y opresor por la esencia misma de su constitución y por el hecho sólo de ser gobierno.

A este respecto suscribimos por entero el pensamiento de Proudhon: "Todo aquel que ponga la mano sobre mí, para gobernarme, es un tirano y yo lo declaro mi enemigo".

Lo delicado y grave del hecho no está en conocer quien o quienes pueden mandar, sino en saber que alguien, por disponer transitoriamente de la fuerza se arroga la facultad de tiranizar a sus semejantes.

Jamás ningún gobierno ha garantido o respetado otros derechos y otras libertades, que aquellas que el pueblo ha sabido buenamente defender y conquistar.

En Rusia, donde impera el llamado gobierno del proletariado, o mejor dicho, el del partido comunista, la libertad es un mito como lo era en la época de los zares.

Y es que la libertad, como la justicia, no es algo que pueda ser reglamentado por leyes o regido por decretos; ello es inmensamente superior a todo derecho escrito y a toda legislación positiva, ya que reside en la inviolabilidad de la persona humana.

Y esto no hay gobierno que lo reconozca, porque en ese mismo instante se modificaría substancialmente la actual organización de la sociedad y dejaría de haber opresores y oprímidos, en una palabra, desaparecería la razón que explica la existencia de todo gobierno.

Sentados estos prolegómenos, no incurriremos, pues, en la debilidad de decir que el gobierno militar ha dado un golpe de muerte a ciertas instituciones revestidas con el barniz impúdico de la democracia: nó.

El Parlamento y el Municipio disueltos, cuerpos colegiados de origen representativo fraudulento, no cuentan con nuestro fervor porque son partes integrantes de esa ficción política que es el Estado, cuyo único y principal objetivo es mantener el privilegio y la injusticia reinantes.

No se nos hable, en consecuencia, de estar al lado de aquellos que reclaman la vuelta a la normalidad, o sea el retorno de los organismos tradicionales que, para nosotros, son los mejores y más firmes sostenedores del capitalismo que nunca hemos dejado de combatir.

¿Aplauden, entonces, el gobierno militar, nos preguntará más de algún impaciente?

Error de los errores. No aplaudimos nada. Dejamos este innoble y mezquino proceder para los personeros de las "fuerzas irreducibles del espíritu" y otros mercenarios que, con su aduana y servil actitud, han perdido el respeto y la consideración de los hombres libres.

Hemos querido sólo exponer hechos, delimitar los campos y salvar nuestros principios.

Veamos, sin embargo, lo que nos ofrece la realidad, más fuerte y dura que todas las ideas y que todos los principios.

En el fondo del movimiento militar que se ha desarrollado en esta tierra sin la oposición de ninguno de los grupos políticos que dicen reflejar la expresión de la voluntad popular, no vemos tanto un atentado

contra los postulados republicanos, cuanto una campaña enderezada en bien del Capitalismo y del robustecimiento del Estado.

Es casualmente la característica de la reacción que en todas partes se opera contra el espíritu inquieto y liberal del pueblo.

Amagado día a día el capitalismo por la ola creciente de las reivindicaciones obreras, debilitado por el batallar continuado de la crítica libertaria, se vé fatalmente obligado, —cuando los políticos, por rivalidades y ambiciones personales se descuidan de su misión— a solicitar el concurso de las fuerzas armadas para seguir sin temor en el disfrute de sus prerrogativas y poderío.

Esto y no otra cosa es lo que acaba de ocurrir en Chile.

Se trata de detener oportunamente la amenaza proletaria; se quiere hacer desaparecer por tiempo indefinido toda expectativa de renovación espiritual.

Se persigue concluir con las pocas libertades que el pueblo, en lucha porfiada contra el conservantismo y la oligarquía, había logrado alcanzar, y que el último gobierno civil— de buen o mal agrado— no fué a veces capaz de vulnerar porque respondían a un anhelo y avance progresista impuesto y sostenido por la conciencia proletaria.

Por eso se han suspendido, las reuniones públicas y tomado otras medidas de seguridad, que poco a poco han ido convirtiendo a la nación en un cuartel inmenso y sombrío.

Si el movimiento estaba encaminado, como se ha dicho, a poner en orden la administración pública ¿por qué esa restricción a la libertad, fenómeno exclusiva y puramente espiritual?

¿Qué tiene que ver el pueblo con el mayor o menor aumento de burócratas que empobrecen las arcas fiscales, para que se adopten determinaciones en menoscabo de sus libertades?

Si era este un movimiento de "creación y no de reacción" ¿por qué se han barrado bruscamente los compromisos de la civilidad, establecidos para diferenciar a la horda del país organizado?

¿Por qué se han aplicado medidas de coerción sin proceso previo y sin antecedentes justificados?

Estos hechos involucran un franco y evidente retroceso que todos los seres dignos no han vacilado en condenar.

Nó; no nos ofusquemos.

No es este un movimiento que vaya a corregir los abusos del parlamentarismo o a extirpar la corrupción de los partidos, sino que está encaminado a adormecer el nuevo concepto social que se gestaba en las multitudes, y era un peligro para la estabilidad de las instituciones sacrosantas.

¿Nos quedaremos por eso tranquilos, nos cruzaremos de brazos?

¿Qué podremos hacer para liberarnos, y no volver tampoco a caer en los moldes anticuados de nuestra política criolla?

Creemos que por ahora todos los esfuerzos de los hombres que piensan, y que no se conforman con parcelas de justicia ni con retazos de libertad, deben concurrir a desarrollar—lejos de la órbita de los partidos—el máximo de acción para coordinar el sentir de los que no tienen ligaduras con el pasado ni compromisos con el presente, a fin de crear la fuerza moral necesaria capaz de imponer una fórmula de convivencia humana basada en el acuerdo espontáneo y libre de las voluntades.

Para una obra así estaremos siempre dispuestos.

Eugenio González R.—Juan Gandulfo.—Carlos Caro.—Manuel Rojas.—Pablo Neruda.—Sergio Atria.—Julio E. Valiente.—Tomás Lago.

Precio: 40 centavos